

ALEJANDRA DÍAZ

EL LIBRETO



*Para el que ha buscado, para el que se ha encontrado a
sí mismo, para el que ha logrado amarse
como a ningún otro.*

Prólogo

El 18 de julio de 1936, mientras el general Francisco Franco llegaba desde Canarias para tomar el control del ejército del Protectorado y Santiago Casares Quiroga, incapaz de contener la rebelión ya generalizada, dimitía de su cargo de presidente del Gobierno, Hilda Valladares abrazaba su abultado vientre y le pedía al ser que habitaba en su interior que se mantuviese en silencio y tranquilo durante esta ola amenazante; el mismo silencio que ella mantendría meses más tarde, cuando se llevaran a su propio padre delante de sus narices... Nunca más supo de él.

A la mañana siguiente, entre el horror y el desconcierto, y con la adrenalina en descenso a causa del agotamiento y el hambre, Hilda sintió la oleada de oxitocina que su cuerpo gravídico necesitaba liberar. Ayudada por su madre, doña Lucía, y por una comadrona de manos grandes y fuertes, apodada doña Cata, que residía en su mismo barrio de la sacudida ciudad de Madrid, dio a luz con dolor y desesperación mientras España se quebraba para siempre.

Juan Domínguez Albornoz fue uno de los pocos hombres que no estaba en el frente. El trabajo de parto de su mujer lo mantuvo a salvo. Quería salir y defender su pensamiento y sus ideales republicanos. Las calles militarizadas y el ambiente de re-

belión exaltaban su espíritu, pero cuando vio al recién nacido y sintió la esperanza del llanto enérgico de este nuevo ser que dependía de él, decidió que haría lo que fuese necesario para protegerlo de cualquier destino infantil indigno. Sin embargo, esto no se concretaría hasta trece meses después en Alicante, cuando tuvo la oportunidad de embarcar con destino a Argentina gracias a los contactos políticos de doña Lucía.

—¡Las oportunidades se presentan para tomarlas! —les comentó depositando sobre la desgastada mesa de la cocina los papeles que harían posible el viaje hacia América del Sur.

—¡Tengo miedo, madre!

—Hilda, vais a estar bien o, al menos, mejor que acá. ¡Eso os lo aseguro! —la calmó mientras la rodeaba con sus rollizos brazos.

—¡Si vinieses con nosotros...! —sollozó Hilda con un nudo en la garganta.

—Una madre nunca abandona a un hijo. Tu hermano no va a descansar hasta saber el paradero de vuestro padre —agregó doña Lucía a la par que le daba palmaditas en la espalda a su acongojada hija.

Las dudas y las preguntas merodearon por los sueños de Hilda. Los meses previos a iniciar la travesía fueron de incertidumbre, pero intuía que esa guerra civil anticiparía un cataclismo mundial y ello le pesaba aún más y alteraba su descanso. No quería dejar a su madre, pero la familia que estaba formando merecía una oportunidad para sobrevivir.

—Nos iremos a México. Es la alternativa más sensata en estos momentos. Es el único país que tiene una institución organizada para los españoles —manifestó Hilda.

—Si vamos a emigrar, prefiero que sea a la Argentina —rebatía Juan—. Es un país que ofrece un mayor potencial para mentes inquietas como la mía.

—Pero Argentina no recibe republicanos. Ellos simpatizan con el régimen franquista —discrepó ella, intentando calmar los nervios que la aquejaban desde hacía varios días.

—Los lazos intelectuales de este país de Sudamérica podrían acallar verbalmente mi espíritu para salvar a la familia que llevo —aseguró él para convencerla.

Fue así como los Domínguez Valladares partieron rumbo a América con su hijo Enrique, de tan solo dos años, bien sujeto a su espalda; y lo que en principio era un objetivo ansiado y desesperado se transformó en un sentimiento de angustia y desolación.

La travesía por mar duró veintiséis días y finalizó en el puerto de Buenos Aires. Viajaron con otras familias de españoles que lograron convertirse en la suya propia. Junto con ellos formaron una comunidad de refugiados de la guerra, con contactos que daban apoyo necesario para poder asentarse en las mejores condiciones posibles. A través de estas redes Juan consiguió su primer trabajo. Gracias a sus estudios y a sus conocimientos en el área de la filosofía, ocupó un cargo como asistente de catedrático en la Universidad Estatal de Buenos Aires.

El trabajo completaba la mente de Juan, pero la remuneración era insuficiente para mantener a una familia que anunciaba su crecimiento. Poco tiempo después se enteró de que en el país vecino existían tierras a la venta que poseían las condiciones necesarias para ser cultivadas; de buena calidad y a un precio mínimo. Todo ello con el objetivo de tratar de poblar ese país tan aislado.

—¿Dónde queda Chile? —preguntó Hilda, desconcertada. Los meses de adaptación habían sido un sufrimiento para ella, así que el simple hecho de pensar en la posibilidad de moverse otra vez la descolocó.

—Estamos cerca y la travesía será corta —le aseguró Juan, intentando calmarla.

La personalidad soñadora de este español le otorgaba audacia de sobra para conseguir cualquier objetivo propuesto. Hilda, por el contrario, era una mujer terrenal a la que las situaciones de riesgo o ambivalencia le provocaban ansiedad.

—No estoy segura —titubeó, y se llevó ambas manos a la cabeza a la vez que cerraba sus pequeños ojos color miel—. Aquí ya tenemos un trabajo estable.

—¡Pero tendremos nuestras propias tierras, Hilda! —soltó él, exasperado. Después se acercó a paso lento a la ventana y miró a través del cristal. Pudo observar la suciedad y la inmundicia que presidían las calles de aquel barrio. Luego de un instante, agregó— : Tendríamos la posibilidad de criar a nuestros hijos en un lugar que fuese nuestro... Podríamos construir un hogar para ellos.

—¡Nuestro hogar lo perdimos para siempre al dejar España! —expresó ella, que ya había perdido bastante.

Días después, con otras dos familias, partieron rumbo a aquel país ubicado al final del mapa. Con los contactos adecuados, adquirieron las visas chilenas requeridas. Aún resonaban en su mente las recomendaciones de doña Lucía sobre la importancia de llevar efectivo para comprar tierras y poder trabajarlas ellos mismos. Ese fue el argumento que utilizó Juan a su favor para convencer a su mujer.

La travesía duró dos semanas. Lo más difícil fue cruzar la cordillera de los Andes. El frío se calaba en los huesos a través de los fierros del ferrocarril y Juan temió por la vida de su hijo y del pequeño que crecía en el vientre de Hilda; los abrazó y rezó para que pudiesen mantenerse a salvo. Y en ese momento desesperado decidió que, si sobrevivían, lo único que haría en esta vida sería ser feliz.

Chile les otorgó todo lo que esperaban al dejar España. Las veinte hectáreas en el sur fueron más que suficientes para vivir de todas las bondades que proporcionaba la tierra y mantener a

esa gran familia. Pero lo que este país no pudo lograr fue borrar el resentimiento y el rencor en la mente de Hilda. Ella era una mujer menuda, de contextura media y personalidad fuerte, con facciones marcadas por los gestos expresivos de su rostro. Con solo veintidós años sus ojos revelaban más historias de las que ella hubiese deseado. A esas alturas había perdido a su padre y a su único hermano, de tan solo dieciséis años. A este último lo detuvieron mientras buscaba información sobre el desaparecido progenitor y lo fusilaron en el norte de España.

—¡Dime que mi hermano no está muerto! —le gritó a Juan con la carta, arrugada, todavía en las manos—. ¡Era solo un niño!

El pensamiento constante de la vida olvidada hacía que la energía ya no le alcanzara, así que a los veintisiete años se le notaba la labilidad y el peso del sufrimiento en las líneas de expresión que surcaban su cara. Años más tarde, la llegada de una segunda carta, esta anunciando la muerte de doña Lucía, la única persona que le quedaba en España, acabó por resquebrajarle el alma. Rezó en silencio a los pies de su cama de fierro y maldijo el instante en el que abandonó a los que más quería. Odió la España mutilada que la separó de los suyos y la obligó a dejar sus sueños por la imposición de los otros. Entonces tomó la determinación de que nunca más hablaría de sus raíces, y mucho menos de la guerra.

Hilda cerró el libro de su pasado porque no podía vivir el presente con dolor. Se resignó a la suerte y al destino impuesto y envejeció a una velocidad acelerada: primero de espíritu, pues perdió las ganas de seguir, y luego físicamente. Su cuerpo parecía el de una mujer senil. Ni todas las palabras románticas de Juan ni los besos efusivos y pegajosos de sus hijos pudieron retenerla en esta tierra que no quería. Anhelaba lo perdido y, sin angustia alguna, un día dejó de respirar. A los cuarenta y dos años abandonó este mundo y aquel país americano y dejó a un esposo destrozado y nueve hijos.

La vida de Juan Domínguez Albornoz corrió distinta suerte. En España vivían sus padres y sus dos hermanas menores, Inés y Rosario, quienes tenían doce y seis años, respectivamente, al momento que este había emigrado. Habían sobrevivido a la guerra y a la dictadura. Pese a ello, el rostro de Juan nunca pudo borrar las huellas del llanto por los que se habían quedado en su tierra natal. Para alejar de su mente los pensamientos del recuerdo de sus seres queridos, trabajó la tierra en Chile como si siempre lo hubiese hecho; esta fue en el sustento de su descendencia.

Su hijo, Enrique Domínguez Valladares, creció siendo un niño feliz, como anhelaba su padre. Aunque había nacido en España, dejó este país en el pasado. No había nada que recordar, pues toda su vida había transcurrido en Chile. Aquí había aprendido a leer y a escribir gracias a su madre, doña Hilda, porque la escolaridad era un lujo que no podían permitirse. Sin embargo, ayudó a sus hermanos menores a ir a la escuela y aprendió de ellos. Leyó todos los libros que estuvieron a su alcance, se relacionó con la gente más influyente de la época y se convirtió en uno de los hombres más apuestos y refinados, con un gusto innato por el arte.

Se había casado con Matilde de la Fuente, una chilena proveniente de una familia conservadora y acomodada, con quien tuvo cuatro hijos. El mayor se llamaba Fernando. Matilde era una mujer de descendencia alemana, cuyos antepasados también habían llegado al país en un afán colonizador. Era robusta, con el cabello dorado, y tenía hermosas y delicadas facciones.

Enrique y Matilde fueron un matrimonio pleno y dichoso; tanto es así que el día que Enrique abandonó este mundo Matilde decidió que no aceptaría que la muerte los separase y, simplemente, dejó de comer. Intentaron alimentarla de mil maneras, con caldo de avena, sustancia de cogote de gallo y compota con harina tostada, pero ella solo quería morir. Era demasiado católica para hacer una autólisis directa, así que dejó que su cuerpo se

apagase despacio por la inanición. Treinta y cinco días después y en soledad acompañó para siempre a su español inmigrante.

Felipe Domínguez Abarzúa, cuarto en la línea sucesoria, afloró con su espíritu inquieto y artístico y quiso recuperar el pasado español de su linaje.

—¡Recuperemos la nacionalidad española, papá!

—¿Para qué la quieres? No tenemos nada allá —afirmó Fernando, convencido de que aquel esfuerzo no acarrearía ningún beneficio.

—Me gustaría irme a vivir a Europa —explicó.

Pese a los esfuerzos de ultratumba de Hilda Valladares, los genes no se pueden cubrir con tierra y el instinto por subsistir de las generaciones futuras dibujó la historia. De este modo, las búsquedas y los recuerdos borrados salieron de nuevo a la luz y lograron descifrar lentamente el árbol cortado, sus enlaces y su descendencia. Fue así como Sara se enteró de que la hermana de su bisabuelo Juan, Rosario Domínguez Albornoz, estaba viva... y residía en Madrid.

PRIMERA PARTE
CAMBIO DE RUTA

«Y a veces me he guardado mis sentimientos,
porque no pude encontrar un lenguaje
para describirlos».

JANE AUSTEN

Capítulo 1

La fría tarde del 24 de mayo de 1978, en las afueras de Santiago de Chile, Victoria Abarzúa daba a luz en la carrocería de una camioneta. Este era su tercer embarazo y la ola de adrenalina que sintió al confirmar la infidelidad de Fernando Domínguez había iniciado el trabajo de parto. Acababa de asumir que el castillo de naipes que había creado se desmoronaba y las cartas quedaban descubiertas.

Fue una sola contracción, larga y potente, que endureció completamente su vientre e hizo visible la red marcada de estrías y venas tras la delgada y clara capa de piel. Se dobló a causa del dolor y cayó de rodillas sobre el suelo de madera de aquel oscuro despacho. Se tocó el abdomen con las manos y notó cómo cedía la intensidad. Después cogió aire con fuerza y, con las piernas entreabiertas y en la posición que la obligaba a adoptar su abultado cuerpo gravídico, observó con horror que se deslizaba por ellas un hilo líquido, cálido y transparente que asomaba por debajo de su floreado vestido. El tiempo de espera había terminado.

—¡Fernando! —gritó con la voz desgarradora cuando sintió la segunda contracción.

No pudo mantenerse sentada. La necesidad de dejar que la naturaleza siguiera su curso se hacía imperiosa. Por esta razón improvisó una camilla de mantas en la parte trasera de aquella vieja camioneta para poder recostarse. Luego rezó entre lamentos y sollozos, con toda la fe que profesaba desde muchos años atrás. Y se armó de coraje para evitar como fuese el fatídico desenlace que acarrearía su escape. Quiso retenerla dentro de sí, intentó respirar lento y pausado, pero cada contracción traía consigo el deseo inevitable de pujar. Con la mano derecha bloqueó la única salida que tenía ese ser que residía dentro de ella y sintió la humedad cálida en la ropa interior. En un acto reflejo, retiró la prenda mojada para anticiparse a la fatiga que estaba por venir.

Sin poder asumir lo que ocurría, y con más susto que dolor, tocó la cabeza de su hija, suave y moldeable, que asomaba por entre el canal del parto. Guiada por el instinto, la cogió con la punta de los dedos y la giró en el sentido contrario a las agujas del reloj hasta lograr el encaje perfecto... Después pudo sentir que salía, como si fuera jabón deslizándose.

La vio sobre las mantas. Bocarriba, pequeña y frágil, con los ojos cerrados y sin intención de respirar, como si ella no se hubiese dado cuenta de que había nacido. El frío de la tarde le robó el calor a la recién nacida y Victoria distinguió que el vapor de su pequeño cuerpo se elevaba hacia el techo de lata. En ese momento pensó que moriría.

—¡Ayuda! —gritó con desesperación, aun sabiendo que sería un llamado de auxilio perdido y que absolutamente nadie podría ayudarla.

Cuando fue consciente de ello, levantó rápido a esa criatura blanda y mojada y la cobijó debajo de sus ropas; solo asomaba la cabecita por el cuello de su vestimenta. Después la apretó fuerte y comenzó a frotar su cuerpo con las manos para darle calor. Segundos más tarde oyó el sutil suspiro de la vida, un quejido que

procedía de su hija, y reforzó el abrazo. Luego vino el llanto, débil pero suficiente como para traerla de vuelta. El color de la piel del bebé estaba cambiando y los labios azules se tornaron lentamente en rosados; sus manos y sus diminutos pies comenzaron a moverse con suavidad bajo la ropa de Victoria y el latido rítmico y vigoroso del corazón de la pequeña se convirtió en el galope necesario para afianzarse a la vida.

Su madre la observó con detención. El vaivén de la camioneta y el silencio posterior al parto devolvieron poco a poco la quietud a la tarde. Si lo comparaba con sus dos embarazos anteriores, ambos de varones grandes y fornidos, el desenlace de este se produjo de forma sorpresiva e inminente, pues la pequeña solo contaba con veintinueve semanas de gestación. La niña no pesaba más de dos kilos.

Victoria la esperaba con ansia, porque la había conocido desde mucho antes de que fuera gestada. La vio por primera vez durante la adolescencia, cuando empezó a sentirla en sus sueños. A veces trataba de despertarse para ver si alcanzaba a distinguir su rostro. Quería atraparla, solo por curiosidad, sin un atisbo de miedo. Con los años llegaron las preocupaciones propias de la edad adulta y sus sueños se fueron haciendo más complejos, hasta el punto de olvidar la existencia de ese ser inquieto. No fue hasta este embarazo que volvió a verla. La reconoció de inmediato. Aquella silueta delgada y estilizada que, traviesamente, le tocaba el rostro para despertarla. Sabía que era una niña; tal vez un espíritu olvidado en la tierra de los vivos que buscaba su alma gemela, decidida a tomarse todo el tiempo necesario hasta que llegara el momento adecuado para nacer de nuevo.

—Te estaba esperando, Sara —le susurró Victoria en sus orejitas, pequeñas y cubiertas todavía de unto y líquido amniótico.
